

Ali Smith

PRIMAVERA

CUARTETO ESTACIONAL III

Traducción de Magdalena Palmer

Nørdicalibros

Ali Smith

Primavera

CUARTETO ESTACIONAL III

Traducción de
Magdalena Palmer



*Para recordar
a mi hermano
Gordon Smith*

*y para
mi hermano
Andrew Smith*

*para recordar
a mi amiga
Sarah Daniel*

*y para
¡oh, la más floreciente!
Sarah Wood*

*Extranjero parece, y presenta una
rama reseca, solo verde en la punta.
Su lema: in hac spe vivo.*

William Shakespeare

*Mas si los infinitamente muertos despertaran en nosotros
un símbolo,
quizá señalarían los amentos que cuelgan de los desnudos
avellanos
o evocarían la lluvia que sobre la tierra oscura cae en
primavera.*

Rainer Maria Rilke

*Debemos empezar, esa es la cuestión.
Después de Trump, debemos empezar.*

Alain Badiou

Ya busco indicios de la primavera.

Katherine Mansfield

*El año se desperezó como un niño
y se frotó los ojos en la luz.*

George Mackay Brown

1

Ahora no queremos Información. Lo que queremos es desconcierto. Lo que queremos es repetición. Lo que queremos es repetición. Lo que queremos es a los poderosos diciendo la verdad no es la verdad. Lo que queremos es a parlamentarios electos diciendo se afila el cuchillo se le clava en el pecho y se retuerce cosas como tráete tu propia sogá queremos que los diputados del partido gobernante griten suicídase en la cámara de los comunes a los miembros de la oposición queremos personas poderosas que digan que quieren ver a otras personas poderosas descuartizadas en bolsas de plástico en el congelador queremos que las mujeres musulmanas sean objeto de chanza en una columna del periódico queremos las risas queremos que el eco de esas risas las persiga allá donde vayan. Queremos que aquellos a quienes llamamos extranjeros se sientan extranjeros necesitamos que les quede claro que no pueden tener derechos a menos que nosotros lo digamos. Lo que queremos es indignación ofensa distracción. Lo que necesitamos es afirmar que pensar es elitista que el conocimiento es elitista lo que necesitamos son personas que se sientan abandonadas desposeídas lo que necesitamos son personas que sientan. Lo que necesitamos es pánico queremos pánico subconsciente también queremos pánico consciente. Necesitamos emoción

queremos virtud queremos ira. Necesitamos todo ese rollo patriótico. Lo que queremos es el típico Escándalo de las madres alcohólicas Peligro de la aspirina diaria pero con más urgencia Nein Nein Nein necesitamos un *hashtag* #másfronteras queremos Dadnos lo que queremos o nos largamos queremos furia queremos indignación queremos palabras de lo más emotivas antisemita está bien nazi es estupendo pedófilo servirá pervertido extranjero ilegal queremos reacción visceral queremos Pruebas de edad para «niños migrantes» El 98 % de los encuestados exige prohibir la entrada de nuevos migrantes Helicópteros de combate para detener migrantes Cuántos más podemos acoger Cerrad vuestras puertas Esconded a vuestras esposas queremos tolerancia cero. Necesitamos que las noticias sean tamaño teléfono. Necesitamos evitar los medios de comunicación tradicionales. Necesitamos no mirar al entrevistador sino directamente a cámara. Necesitamos enviar un mensaje fuerte claro inequívoco. Necesitamos noticias que provoquen un estado de *shock*. Necesitamos más noticias perturbadoras vamos rápido siguiente *shock* espabila queremos imágenes de torturas. Necesitamos acosarlos necesitamos que crean que podemos acosarlos dirigir la palabra *linchar* a cualquiera que no sea blanco. Necesitamos amenazas de violación amenazas de muerte veinticuatro horas al día a las parlamentarias negras no solo a las mujeres que ocupen un cargo público sino a cualquiera que haga algo público no nos gustan necesitamos Cómo se atreve ella/Cómo se

atreve él/Cómo se atreven ellos. Necesitamos insinuar el enemigo interior. Necesitamos enemigos del pueblo queremos que se llame a sus jueces enemigos del pueblo queremos que se llame a sus periodistas enemigos del pueblo queremos que a las personas que nosotros decidamos llamar enemigos del pueblo se las llame enemigos del pueblo queremos denunciar a voz en grito una y otra vez en tantos programas de radio y televisión como sea posible que nos están censurando. Necesitamos decir lo mismo de siempre como si fuera una novedad. Necesitamos que las noticias sean lo que decimos que son. Necesitamos que las palabras signifiquen lo que decimos que significan. Necesitamos negar lo que decimos mientras lo decimos. Necesitamos que el significado de las palabras no importe. Necesitamos un buen eslogan clásico como Gran Bretaña no mejor Inglaterra/América/Italia/Francia/Alemania/Hungría/Polonia/Brasil/ [inserte nombre del país] Primero. Necesitamos dinero algoritmos redes sociales Internet oscura. Necesitamos decir que lo hacemos en defensa de la libertad de expresión. Necesitamos *bots* necesitamos clichés necesitamos ofrecer esperanza. Necesitamos decir que es una nueva época que la antigua ha muerto su momento ha acabado ahora empieza el nuestro. Necesitamos sonreír mucho mientras lo decimos necesitamos reír a las cámaras ja ja ja crac hombre partiéndose de risa oíd ese silbato de la fábrica al final de la jornada esa fábrica ha muerto nosotros somos el nuevo silbato de la fábrica nosotros somos lo que este país ha

necesitado siempre nosotros somos lo que necesitáis
nosotros somos lo que queréis.

Queremos que lo necesitéis.

Necesitamos que lo queráis.

Vuelve a ser la hora, ¿eh? (Se encoge de hombros.)

Nada de eso me afecta. No es más que agua y polvo. Vosotros no sois más que agua y polvo de huesos. Bien. Así me resultáis más útiles al final.

Soy la niña sepultada en las hojas. Las hojas se descomponen: aquí estoy.

O imaginad un azafrán en la nieve. ¿Veis el anillo del deshielo alrededor del azafrán? Es una puerta abierta a la tierra. Yo soy el verde del bulbo y el momento en que la semilla se parte, el desplegarse del pétalo, el verdor en la punta de las ramas de los árboles, como si el verde estuviese encendido.

Las plantas que se abren paso entre la basura y el plástico, antes, después, afloran, pese a todo. Pese a todo las plantas se mueven debajo de vosotros, las personas en los talleres clandestinos, las personas que van de compras, las personas iluminadas por las pantallas de sus escritorios o que consultan sus móviles en salas de espera hospitalarias, los manifestantes que gritan donde sea, en cualquier país o ciudad, la luz se desplaza, las flores se mecen junto al montón de cadáveres y junto a los sitios donde vivís y los sitios donde os embriagáis hasta el aturdimiento, la felicidad o la tristeza, y los sitios donde rezáis a vuestros dioses y los grandes supermercados, junto a las personas que aceleran en las autopistas ante arcenes y matojos como si nada pasara. Pasa de todo. Las flores se

abren entre los vertidos ilegales. La luz se desplaza por vuestras fronteras, por las personas con pasaportes, por las personas con dinero, por las personas sin nada, por cabañas y canales y catedrales, por vuestros aeropuertos, por vuestros cementerios, por todo lo que enterráis, por todo lo que desenterráis para llamarlo vuestra historia o que perforáis y extinguís para enriqueceros, la luz se desplaza pese a todo.

La verdad es una suerte de pese a todo.

El invierno no es nada para mí.

¿Creéis que no entiendo de poder? ¿Creéis que estoy verde?

Lo estaba.

Estropeadme el clima y os joderé la vida. Vuestras vidas no son nada para mí. Arrancaré narcisos de la tierra en diciembre. En abril atascaré vuestra puerta con nieve y soplaré para que ese árbol caiga sobre vuestro tejado. Haré que el río inunde vuestra casa.

Pero yo seré la razón de que renazca vuestra savia. Yo inyectaré luz en vuestras venas.

¿Qué hay ahora debajo de vuestra calle?

¿Qué hay bajo los cimientos de vuestra casa?

¿Qué alabea vuestras puertas?

¿Qué es lo que colorea vuestro mundo? ¿Cuál es la clave del canto del pájaro? ¿Qué es lo que forma el pico en el huevo?

¿Qué empuja a los diminutos brotes verdes a través de la roca hasta que la roca empieza a resquebrajarse?

Son las 11.09 de un martes de octubre de 2018 y Richard Lease, el director de cine y televisión, un hombre que la mayoría de la gente recordará por numerosas, bueno, un par de aclamadas producciones para *Play for Today* en los años setenta pero también por muchas otras filmaciones a lo largo de los años, o sea, que si tenéis cierta edad probablemente habréis visto alguna de sus películas, está en el andén de una estación en algún lugar del norte de Escocia.

¿Por qué está aquí?

Es la pregunta equivocada. Implica la existencia de una historia. No hay ninguna historia. Él ya se ha hartado de historias. Se está eliminando de la historia, en concreto de una historia que atañe a: Katherine Mansfield, Rainer Maria Rilke, una mujer sin techo que vio ayer por la mañana en la acera de la Biblioteca Británica y, sobre todo, la muerte de su amiga.

Olvidad todo eso de que es un director, hayáis oído o no hablar de él.

Solo es un hombre en una estación.

Por ahora no hay ningún movimiento en la estación. Debido a los retrasos no han entrado ni salido trenes, al menos desde que él está allí, por lo que en cierto modo la estación satisface sus necesidades.

No hay nadie más en el andén. Ni tampoco en el andén de enfrente.

Habr  gente por ahí, en alguna parte, los empleados de la oficina o los de mantenimiento. Seguro que todavía pagan a alguien para que se encargue en persona de cuidar sitios así. Habr  alguien mirando una pantalla en alguna parte. Pero él no ha visto a nadie. La  nica persona que ha visto desde que salió de la pensión y recorrió la calle mayor ha sido una mujer que vendía café por el lateral abierto de una furgoneta delante de la estación, una cafetería montada en una furgoneta Citro n que no servía café a nadie.

No es que busque compa a. No busca a nadie ni nadie lo busca a él, nadie que le importe.

 D nde coño est  Richard?

Su móvil est  en Londres, en un vaso mediado de café con la tapa puesta, dentro de una papelera en un Pret a Manger de Euston Road.

Estaba. A saber dónde estará ahora. En un vertedero. En un basurero.

Bien.

Hola, Richard, soy yo, Martin Terp aparecerá de un momento a otro,  a qué hora crees que llegarás, más o menos? Hola, Richard, soy yo otra vez, solo llamo para hacerte saber que Martin acaba de llegar al despacho.  Podr as llamarme para decirme a qué hora te esperamos? Richard, soy yo,  puedes llamarme? Hola, Richard, soy yo de nuevo, estoy intentando reprogramar la reunión de esta mañana porque Martin solo estará una noche en Londres, no vuelve hasta dentro de dos semanas, así que ll mame y dime cómo lo tienes para esta tarde,  de acuerdo? Gracias, Richard, te lo agradecería. Hola, Richard, en tu ausencia he reprogramado la reunión para las cuatro de la tarde,

¿puedes confirmar cuando oigas este mensaje que has recibido este mensaje, por favor?

No.

Hace viento, Richard ha cruzado los brazos sobre la chaqueta para que deje de aletear (hace frío y no tiene botones, los ha perdido) y contempla las motas blancas del suelo del andén, bajo sus pies.

Respira hondo.

Al final de la inspiración le duelen los pulmones.

Contempla las montañas, detrás del pueblo. Son impresionantes. Realmente desoladas y auténticas. Son todo cuanto una montaña puede simbolizar.

Piensa en su casa de Londres. Las partículas de polvo estarán flotando en la luz del sol que penetra por las rendijas de las persianas, si ahora mismo en Londres hace sol.

Miradlo, historiando su propia ausencia.

Historiando su propio polvo.

Basta. Hay un hombre apoyado en una columna de la estación. Nada más.

Es una columna victoriana. El hierro forjado está pintado de blanco y azul.

Entonces retrocede bajo el tejadillo transparente que protege el andén, se acerca un poco al edificio para protegerse del viento.

Algunas de esas montañas tienen lo que parecen nubarrones de lluvia en la cima, las cimas parecen veladas. Las nubes del otro lado, dirección sur, diría él, parecen un muro, un muro iluminado desde atrás. Las nubes sobre las montañas al norte, noreste, son pura bruma.

Esta era la razón de que se hubiese apeado aquí: el tren se fue acercando a la estación y había algo limpio en las montañas, limpio como si las hubiesen barrido a fondo. Transmitían aceptación de su propia existencia, no pedían nada. Simplemente existían.

Sentimental.

Mitómano.

Ahora la robótica voz de megafonía vuelve a disculparse porque no hay ningún tren que llegue a la estación ni que salga de la estación.

Allí apenas pasa nada, a excepción de los anuncios de megafonía, algún que otro pájaro que cruza el cielo y el rumor de las primeras hojas del otoño, los matojos y la hierba al viento.

En una estación un hombre contempla las distantes montañas que lo rodean.

Hoy parecen una línea trazada por una mano gigantesca que después ha sombreado la parte inferior; parecen algo dormido, a la espera. Parecen los durmientes lomos prehistóricos de unos animales marinos imaginarios.

Historia de las montañas.

Historia de mí mismo evitando las historias.

Historia de mí mismo apeándome de un puto tren.

Niega con la cabeza.

Él era un hombre en el andén de una estación. *No había ninguna historia.*

Salvo que la hay. Siempre la hay, joder.

¿Por qué estaba en un andén? ¿Esperaba un tren?

No.

¿Iba a alguna parte? ¿Por qué motivo? ¿Iba a encontrarse

con alguien que bajaría de un tren?

No.

Entonces ¿por qué estaba el hombre en el andén, si no iba a subir a ningún tren ni esperaba la llegada de un tren?

Simplemente estaba, ¿vale?

¿Por qué? ¿Y por qué utilizas el pasado para hablar de ti, pringado?

Pringado, sí. En efecto. Pringue y pérdida. Algo se ha perdido. Algo.

¿Qué? ¿Qué, exactamente?

Bueno, no sé cómo describirlo.

Inténtalo.

(Suspira) No puedo.

Inténtalo. Vamos. Se supone que eres don Dramático. ¿Qué aspecto tiene?

Vale. Imagina que alguien o algo, una fuerza u otra, se abalanza sobre ti y, empezando por la cabeza, te atraviesa de arriba abajo con un descorazonador de manzanas, de modo que sigues de pie como si nada pero en realidad ha pasado *algo*, lo que ha pasado es que eres un hombre hueco: donde antes estaba tu ser, ahora hay un vacío.

Patético. Banal. Caricatura de Tom y Jerry. ¿Qué, buscas compasión por tu vacío interior? ¿Por tu... jodida *fertilidad* perdida?

Oye, solo intento expresar con palabras lo que siento, una sensación que no es fácil de describir, es...

No me vengas con historias, menuda pérdida de...

tiempo en su vida en que era capaz de amar, de enamorarse literalmente, compartir el alma, estar felizmente fascinado con algo como la simplicidad de un

limón. De un limón cualquiera en un cuenco, o en un puesto del mercado, o en una red con otros limones esperando comprador en un supermercado. Hubo una época de su vida en que algo así lo había llenado de alegría.

Pero ahora parecía que esa simplicidad, sin que él se percatara, se hubiese vuelto diminuta y lejana, y que él estuviera en la cubierta de un viejo trasatlántico rumbo a un mar embravecido, agitando frenéticamente los brazos hacia una orilla que, como esa época en que la simplicidad de un limón le había causado una alegría constante, había desaparecido, se había esfumado por completo, ya no era visible.

Ya no es visible.

Pringado.

Cuando piensa en su primer encuentro con Paddy, lo que le viene a la cabeza es una imagen en blanco y negro de hace casi cincuenta años, la marca de unos dientes en una tableta de chocolate, una imagen que cuando él la vio ya había envejecido tanto que estaba literalmente desvaída, sobre todo allí donde había mordido la pequeña dentadura. Eran los dientes de Beatrix Potter. En algún momento, Beatrix Potter había mordido el chocolate y luego lo había olvidado en la caseta donde escribía e ilustraba libros de encantadores animales ingleses buenos y malos y estúpidos que vestían ropas eduardianas, el pato adulado por el zorro, la ardilla que come tantas nueces que no puede salir de su hueco en el árbol; Potter había mordido una chocolatina de la preguerra y la impresión de sus dientes la había sobrevivido, allí, en la cabaña, décadas después de su muerte en mil novecientos y pico.

Él era el ayudante de uno de los ayudantes de dirección, aquel había sido uno de sus primeros trabajos. El primero en que trabajaba con un guion de Paddy.

El guion de Paddy había convertido un rodaje anodino en una película interesante. Es más, era ella quien había añadido al guion la escena del mordisco en la chocolatina, por lo que al final habían tenido que incluir lo que había filmado él.

Cuando le ofrecieron su primer trabajo como director en solitario, consiguió la dirección de Paddy y se puso en

contacto con ella. La invitó a tomar un whisky en el Hanged Man. Él acababa de cumplir veintiún años. Nunca había invitado a nadie a tomar whisky en un *pub*, mucho menos a una mujer, mucho menos a una mujer glamurosa y mayor, como ella.

—*¿Es porque soy irlandesa?*

—*Porque eres buena guionista.*

—*Eso es cierto, ahí no te equivocas. Soy muy buena en lo que hago. ¿Y tú? ¿Eres bueno? Solo quiero trabajar con los muy buenos.*

—*Todavía no lo sé. Probablemente no. Soy más del tipo oportunista. Pero tú lo clavaste, ese mordisco en la chocolatina. Lo incluiste en el guion.*

—*Sí, tienes buen ojo. Eso te lo concedo. Y eres muy joven. Por lo que tienes muchas posibilidades. Y estás empeñado en que trabaje contigo porque escribí algo que les obligó a usar tus tomas. ¿Es eso?*

—*¿La verdad? He conseguido este trabajo gracias a tu guion. (Ella niega con la cabeza, aparta la vista hacia la puerta del pub.)*

—*Pero es que además mejoraste esa película. Tu guion la convirtió en algo auténtico.*

—*¿Auténtico?*

(Pausa. Cigarrillo, aspira, saca el humo.)

—*De acuerdo.*

—*¿De acuerdo? ¿En serio? ¿Sí?*

—*Sí, trabajaré contigo. Play for Today, ¿verdad? De acuerdo, con la condición de que hagamos algo más, algo inesperado en esa franja horaria.*

—*¿Inesperado? ¿Cómo?*

—Hay formas de sobrevivir a estos tiempos, estimado Doubledick, y creo que una de esas formas es la forma que le damos a la narración.

Ayer por la mañana, un mes después del funeral (la incineraron en privado un poco antes, él ni siquiera sabe cuándo, solo asistieron los familiares cercanos), Richard va andando por Euston Road y al pasar por la Biblioteca Británica ve a una mujer sentada en la acera con la espalda apoyada en la pared, de unos treinta años, quizá ni eso, veinteañera tal vez, con mantas y un cuadrado de cartón arrancado de alguna caja con unas palabras que piden dinero.

No, no dinero. Las palabras son por y favor y ayudadme.

Esta mañana ha visto un sinnúmero de sintecho mientras andaba por la ciudad. Últimamente los sintecho vuelven a ser sinnúmero; un izquierdista de toda la vida como él sabe que eso es lo que pasa. Cuando los conservadores vuelven al poder, la gente vuelve a la calle.

Pero, a saber por qué, se fija en ella. Las mantas están mugrientas. Tiene los pies descalzos sobre la acera. Y también la oye. A las ocho menos cuarto de la mañana la joven canta una canción a nadie —no, no a nadie, se canta a ella— con una voz de considerable dulzura. Dice así:

*Mil millares de personas
corren por la ca-alle
oh nada nada nada
oh nada nada nada
oh nada*

Richard sigue andando. Cuando deja de seguir andando está delante de la estación de King's Cross. Se vuelve y entra, como si esa hubiese sido su intención desde el principio.

En el centro del vestíbulo, debajo de la gigantesca amapola que conmemora el Día de los Veteranos, hay un puesto que vende chocolatinas con forma de herramientas y utensilios domésticos: martillos, destornilladores, alicates, cubiertos, tazas y demás; se puede comprar una taza de chocolate, un plato de chocolate, una cuchara de chocolate e incluso una cafetera exprés de chocolate (la cafetera es cara). Los objetos de chocolate son extraordinariamente realistas y el puesto está repleto de clientes. Un hombre trajeado compra lo que parece un auténtico grifo de cocina hecho de chocolate plateado; la vendedora lo coloca delicadamente en una caja que previamente ha forrado con paja.

Richard introduce su tarjeta en una de las máquinas expendedoras de billetes. Teclea el nombre del destino más lejano al que puede llegar desde esa estación.

Sube a un tren.

Pasa medio día sentado.

Una hora antes de que el tren llegue a su destino final, ve por la ventana unas montañas recortadas en el cielo y decide apearse allí. ¿Qué le impide hacer lo que le plazca, apearse en un lugar que no es el que aparece en su billete?

Oh nada nada nada.

Kingussie se llama aquel lugar que él pronunciaba King Gassi, como la voz robótica de King's Cross cuando subió al tren en Londres.

Kin-you-see es cómo lo pronuncian en la pensión a cuya puerta llama. Desconfiarán de él. ¿Qué clase de persona no reserva anticipadamente desde el móvil? ¿Qué clase de persona no tiene móvil?

Se sentará en el borde de la desconocida cama de la pensión. Se sentará en el suelo y se ovillará entre la cama y la pared.

Al día siguiente su ropa olerá al ambientador de la habitación donde ha pasado la noche.

Las 11.29. Una voz robótica se disculpa por megafonía porque el ScotRail de las 11.08 lleva retraso debido a un incidente al sur de Kingussie, el ScotRail de las 11.09 a Inverness lleva retraso debido a un incidente al sur de Kingussie, el ScotRail de las 11.35 procedente de Inverness lleva retraso debido a problemas de señalización viaria y el ScotRail de las 11.36 a Edimburgo Waverley lleva retraso debido a problemas de señalización viaria.

Problemas de señalización aviaria, dice Richard a su hija imaginaria.

Pues que avien las vías, dice su hija imaginaria.

(Su hija imaginaria sigue con él, aunque Paddy haya muerto.)

Cuando no acaba de entender el significado de algo de actualidad, le pregunta a su hija imaginaria. Por ejemplo, #metoo.

Significa que te implicas, le dijo su hija imaginaria. Que participas. Tú también.

Luego se echó a reír.

¿Qué es un *hashtag*?, le había preguntado Richard.

Se la imagina como de unos once años desde hace un par de décadas. Reconoce que es patriarcal por su parte, que está mal haberle negado, de momento, una vida adulta. (Supone que no es el único padre, ni de lejos, que se porta así, o que se portaría así si pudiese.)

Hashtag no viene de hachís, dijo su hija imaginaria. No

intentos fumártelo.

En honor a su verdadera hija, allá donde esté del mundo si es que sigue en el mundo, comprobó el significado en Internet.

Ya era hora, pensó al leerlo.

Luego se pasó dos semanas sin pegar ojo, desvelado noche tras noche a las cuatro de la madrugada, preocupado por esa o aquella vez que creyó que podía comportarse como le daba la gana con las mujeres con quien estaba. Había tocado más de una pierna. Se había propasado muchas veces. Casi siempre se había salido con la suya. Ninguna se había quejado.

Al menos, no a él.

Pasadas dos semanas volvió a dormir. Le pudo el cansancio.

A veces me porté mal, había dicho mentalmente a su hija imaginaria.

Me lo esperaba, dijo su hija imaginaria.

A veces me porté mal, le había dicho mentalmente a su hija real.

Silencio.

Marzo. Cinco meses antes de la muerte de Paddy. Richard recorre los kilómetros de nieve enfangada que separan su casa de la de ella. Llama al timbre. Le abre uno de los gemelos. Paddy está en la parte de atrás. Lo oye en el recibidor y empieza a gritar.

¿Es ese mi querido rey de las artes?

Está tan delgada que parece que se le romperá el brazo si levanta la taza de té. Pero su espíritu es un huracán cuando él entra en la sala, le dice que lleva el pelo demasiado largo, que tiene la camisa manchada, ¿qué has estado haciendo, te has tirado la comida por encima?, mírate esos pantalones, ¿no tienes botas?, mira tu pobre pecho hundido con esa espantosa camisa manchada, ¿quién demonios te crees que eres, Dick? ¿Pericles de Tiro?

Pericles del Retiro, dice él. Así me siento, para el arrastre, después de haber atravesado diez kilómetros de ventisca para hablar de buen gobierno contigo.

Conque tú estás para el arrastre, llorica embustero. Soy yo la agonizante, dice ella. Quítate esos zapatos mojados.

Tú nunca morirás, Paddy.

Claro que sí, dice ella.

Claro que no, dice él.

Madura, esto no es una comedia, dice Paddy. Todos moriremos, creer lo contrario es una fantasía moderna y patológica, no caigas en eso. Y ahora me ha tocado a mí, no a ti, estar en el barco que naufraga, así que aparta.

Todos estamos en el mismo barco, Pad, dice Richard.

Deja de hurtarme mi tragedia, dice ella. Pon los zapatos encima del radiador. Quítate los calcetines y déjalos también sobre el radiador. Dermot, trae una toalla y pon agua a hervir.

El barco del mundo progresista, dice él. Nos creímos sus eternos navegantes, rumbo al horizonte en el atardecer.

Todo ha cambiado. Ha cambiado profundamente, dice ella. ¿Qué tal pinta el barco del nuevo orden mundial?

Él ríe.

Pinta como un barco de videojuego, dice él. Digitalmente diseñado para ser torpedeado.

La inventiva humana, dice Paddy. Hay que aplaudir que encuentre nuevas formas interesantes de disfrutar con la destrucción. ¿Cómo te va, aparte del fin de la democracia liberal capitalista? O sea, me alegro de verte, pero ¿qué quieres?

Él le da la noticia: acaba de saber que le han asignado lo último de Martin Terp.

¿Terp? Santo cielo, dice ella.

Lo sé, dice Richard.

Que Dios te ayude, porque esa es la clase de ayuda que vas a necesitar, dice Paddy. ¿Asignado qué? ¿Para hacer qué?

Richard le habla de la novela sobre dos escritores que coinciden casualmente en el mismo pueblo suizo en 1922, aunque no llegan a conocerse.

¿Katherine Mansfield?, dice ella. ¿De veras? ¿Estás seguro?

Ese es el nombre, dice Richard.

¿Fue vecina de Rilke?, dice Paddy. ¿Es verdad?

La página de agradecimientos al final de la novela asegura que sí, dice él.

¿Qué clase de novela? ¿Quién la ha escrito?

Literaria, dice Richard. Segunda novela de una tal Nella algo, o Bella. Mucho lenguaje. Poca acción.

¿Y le han dado un proyecto así el torpe de Terp?, dice Paddy.

Es un éxito de ventas. Ha estado nominada a un montón de premios.

Estoy muy desconectada de todo eso, dice ella. ¿Es buena?

Según la propaganda de la contracubierta es un idilio de paz y tranquilidad, un regalo del pasado que te distrae, subyuga y te abstrae de la era del Brexit y demás, dice él. A mí me ha gustado. Dos escritores que llevan una vida tranquila se cruzan a veces en el pasillo de un hotel. Una va a concluir la obra de su vida, aunque no lo sabe. Está enferma. Para escapar de las discusiones con su marido, que vive más arriba, en las montañas, se muda a ese hotel con su amiga, un personaje bastante anodino. El otro escritor, ¿cómo pronuncias su nombre?

Rilke, dice Paddy.

Ese mismo año acaba de terminar la obra de su vida y se siente agotado, dice Richard. Está reformando la torre donde vive y se ha trasladado carretera abajo, al mismo hotel, hasta que acaben las obras. Después deja el hotel y vuelve a su casa cuando ella llega acompañada de su amiga, que lleva todo el equipaje a cuestas como una bestia de carga. Pero a Rilke le gusta la comida del hotel, por lo